

rado, intenso, además de extenso.

Se puede echar de menos, por momentos, una mayor problematización, un mayor distanciamiento crítico del escritor respecto a su objeto. Queriendo combatir los clichés islamófobos, Goytisolo muestra en algunos pasajes un excesivo arrobo con lo que nos cuenta. Y por ahí también se cuelan los tópicos, las simetrías demasiado simples o demasiado esquemáticamente formuladas. Como cuando el autor habla (p. 270) de las «naciones técnicamente avanzadas y moralmente vacías» (contraponiéndolas a aquellas de las que nos está hablando), o de la relación «natural y sencilla» (p. 81) del islam con la muerte (a diferencia de la ligada al «orbe cristiano»). Así, si bien es notable que el escritor ha procurado seguir el consejo evangélico que recomienda mantener la mirada limpia para que el cuerpo brille, luminoso (Mt., 6:22; y, en este caso, el cuerpo del escritor es su escritura), se diría que ha descuidado aquel otro según el cual no se puede ser sólo cándido como las palomas, sino que hay que ser, además, prudente como las serpientes (Mt., 10:6).

Pero en fin: hasta las serpientes son encantadas en la

plaza Xemáa el Fná de Marrakesh, retratada precisamente en el bello texto que cierra este libro. Así que, en lugar de afearle al intelectual su vicio de enamorado, destaquemos aquí el interés que tienen estos frutos de su amor para quienes quieran acercarse a la cultura que ama. Cultura del islam que, si antaño jugó un papel fundamental en el territorio llamado Al Andalus, hoy tiene además en él, de la mano de los musulmanes que emigran para repoblarlo (estimados en 350.000), una presencia cotidiana.

Iñaki GARCÍA

HUNTINGTON, Samuel P.: *El choque de las civilizaciones. Y la reconfiguración mundial*, Paidós, Estado y Sociedad, Barcelona, 1997, 422 pp.

Esta es una obra, cuando menos, polémica, provocadora y proselitista. Primero, es polémica porque rompe moldes y obliga a pensar las propuestas del autor. Aunque esas mismas ideas, en algunos momentos, puedan parecer lecturas paranoicas de la realidad. Segundo, es provocado-

ra porque desde el comienzo se coloca en una posición ambiciosa —«aspira a ofrecer una estructura, un paradigma, para ver la política global» (p. 14)—. Una posición que por lo simplista resulta tan sugerente como insultante (pp. 19 y 362). En tercer lugar, es proselitista porque quiere vender su moto particular —como dirían Noam Chomsky e Ignacio Ramonet— jugando con una buena gestión del marketing mediático y editorial. Lo que comenzó por un artículo en la revista *Foreign Affairs*, del verano de 1993, ha terminado en un libro. Algo similar a lo que sucedió con la llamada al fin de la historia de Francis Fukuyama. Aunque aquí se remacha el mismo clavo, se acentúan otras sílabas: «Las sociedades que suponen que su historia ha terminado son habitualmente sociedades cuya historia está a punto de empezar a declinar» (p. 361). A pesar de todo, las cosas parecen ir por la misma senda. Uno levantó la liebre, el otro la caza. Desde esta perspectiva, quienes venden libros saben que éste, además, ha sido un éxito de ventas en su ámbito.

Mi valoración personal, después de resistir los cantos de sirena de la obra, es ambiva-

lente. Por un lado, es un libro extenso y bien trabado. Un texto ágil, narrado con habilidad, rebotante de información. Pero, por otro lado, es un texto sesgado en su interpretación del mundo a la vez que falazmente convincente. De hecho, exige una lectura cuidada y despierta para no quedar seducido por la tesis que intenta difundir, lo que el autor llama: el paradigma civilizatorio. Las civilizaciones, las culturas y las identidades culturales se postulan como centro y referencia de la explicación de la política internacional de hoy en día y de la historia de la humanidad en su conjunto. Sin pudor alguno afirma que: «La historia humana es la historia de las civilizaciones. Es imposible pensar en la evolución de la humanidad de otra forma» (p. 45). Lo cual es difícil de negar de forma absoluta, pero deja al trasluz un tono y unos olvidos que destilan un perfume marcadamente pro-occidentalista al modo gringo WASP y renuente a cualquier mestizaje.

El texto se mueve en el territorio de los politólogos, pero sin pretensión alguna de formulaciones científicas. Como el propio autor señala, «el presente libro no es, ni pretende ser, una obra de ciencias so-

ciales. Intenta ser más bien una interpretación de la evolución de la política global tras la guerra fría» (p. 14). Y aunque ya sabemos que pocas cosas son menos científicas que la política, está bien saber que estamos ante una conjetura que sólo quiere «interpretar». Es decir, estamos ante una pieza de la retórica y de la sofística de este fin de siglo. El propósito no explicitado del texto parece recordarnos que es necesario seguir vigilantes. Sin decirlo, queda claro que ahora el enemigo comunista se ha diluido, pero no por ello se puede bajar la guardia. Se explican cosas, se manejan datos y se extrapolan relaciones de causa-efecto. Todo para que Occidente —en especial los EE.UU.— se despierte y no pierda el poder hegemónico que ha mantenido en los últimos siglos. En algunos de sus párrafos esta obra se convierte en un manual renovado de imperialismo galopante: «Las sociedades poderosas son universalistas; las sociedades débiles son particularistas» (p. 129).

Entre perla y perla, el texto se desarrolla siguiendo cinco grandes partes. Según el autor son corolario de la proposición vertebradora del paradigma civilizatorio. Así recorre «un mundo de civilizaciones»; «el

cambiante equilibrio de las civilizaciones»; «el orden emergente de las civilizaciones»; «el choque de civilizaciones», y termina con «el futuro de las civilizaciones».

La falacia solapada de este texto se camufla en un empedrado de argumentos y citas prestadas. Pero ésta se cataliza descubriendo que la cuestión que preocupa es quién manda aquí y cómo hay que organizar las cosas para que sigan mandando los buenos. La asepsia de lo que pretende ser una interpretación con aspiraciones a paradigma, se tornasola cuando retomamos las consecuencias del sistema de dominación que no se cuestiona. No hay ningún afán de transformación de la realidad, aunque parezca que realmente se intenta prevenir las guerras y los conflictos. Huntington utiliza con habilidad aquella regla de la retórica aristotélica de «más vale un verosímil imposible que un posible inverosímil» y se empeña en vender su moto camuflando otros problemas —seguridad humana— que pesan mucho más que las culturas utilizadas como tapadera para seguir justificando lo que antes se llamaba imperialismo. Huntington juega a chamán de la política global, pero es un chamán tarufo y farsante, su final es el

mejor ejemplo: «En la época que está surgiendo, los choques de civilizaciones son la mayor amenaza para la paz mundial, y un orden internacional basado en las civilizaciones es la protección más segura contra la guerra mundial» (p. 386). La mayor amenaza para la Humanidad y para la Biosfera es la pobreza, no las civilizaciones.

Chaime Marcuello SERVÓS

JORDÁN, José Antonio: *La escuela multicultural. Un reto para el profesorado*, Barcelona, Paidós, 1994.

«En este campo el sustantivo es la educación y el adjetivo su carácter multicultural; o dicho en otros términos, quienes se relacionan en los dilemas son personas, y no tanto las culturas como tales.»

El concepto de educación multicultural se ha manejado generalmente desde una visión simple, humanista, a modo de ideología democrática (respeto y tolerancia) y no tanto como un modo de abordar y entender la educación para adaptarse pedagógicamente a las diferencias culturales.

Nos situamos, pues, ante la «observación» de la educación en la escuela multicultural como una «buena idea», pero sin apenas «compromiso activo» para ponerla en práctica.

La(s) necesidad(es) fluyen como una cascada lógica y natural: necesidad de que los docentes tengan una formación más profunda sobre este concepto fundamental de la pedagogía actual; y, dentro de esta formación, necesidad de hacer hincapié en que los profesores perciban esta educación multicultural como algo de gran trascendencia práctica. De forma natural nos surge la palabra del agente transmisor de esta educación multicultural. En él y en sus aulas recaen muchos de los problemas que la sociedad todavía no ha solucionado. Y le pedimos que él sí los resuelva satisfactoriamente.

La realidad no se hace esperar, pudiendo hablar de tres categorías de docentes. En primer lugar, aquellos que conciben las culturas de los niños minoritarios más bien como dañinas, deficitarias o, incluso, entorpecedoras del progreso académico y de la integración escolar. Un segundo grupo de enseñantes perciben con mayor sensibilidad esas culturas diferentes. Finalmente, un tercer conjunto de do-